

Cada día vienen más. Todos estamos felices aquí. No nos quejamos, pero, ¿cuánto tiempo tendremos que esperar hasta que todas las otras, las vivas, dejen de sufrir al otro lado?

Asaad:

Hola.

Soy Asaad.

Soy la única voz real que habla en estas hojas de papel.

Los personajes anteriores son solo arquetipos de personas que vemos todos los días.

En Siria, como en muchos otros países, una gran parte de la población vive obsesionada por las mujeres y los crímenes de honor. A veces pienso: «Gracias a Dios que nací hombre».

Entonces pienso que eso es muy egoísta por mi parte. Mientras yo vivo contento por el sexo que me ha tocado, el otro sexo vive dominado por miedo, la tortura y los terrores perpetuos.

Algunas mujeres son sacrificadas, otras permanecen atadas en un cuarto oscuro y otras anhelan protección. En esos momentos, estoy seguro de que mi papel no debe limitarse a estar contento. Necesito estar ahí para ellas; para cada una de las niñas que perdieron su camino en esta sociedad que mide sus estándares según un doble rasero, para las que se enfrentaron al peor juicio por parte de quienes se suponía que debían protegerlas.

A veces me río de mis sueños ingenuos y teñidos de rosa y soy consciente de cómo me pueden llamar mis compañeros, pero también estoy seguro de que la semilla del bien todavía existe y seguirá creciendo y floreciendo. Las mujeres tendrán su oportunidad para acceder a la igualdad algún día. ¡Un día llegará!

Hasta que llegue ese día, estoy con todas las mujeres indefensas, ofrezco mis condolencias a quienes sufrieron y apoyo a quienes luchan por los derechos de sus hermanas en todas partes.

Dame a luz

Tatiana Rakočević. Montenegro

«Seis dedos», dijo limpiándose la secreción brillante de las manos.

El gesto encerraba algo perturbador: tal vez, antes de hacer la ronda, se había hurgado la nariz o, en el peor de los casos —me odié mientras lo pensaba—, había examinado a otra mujer de parto, una con una higiene menos estricta que la mía, y la había examinado de la misma forma que me examinó a mí. De camino a la habitación, seguro que tocó al menos tres puertas con la palma de la mano o el codo, y al salir de la sala de operaciones agarró directamente el pomo de la puerta. Que yo supiera, estrechó la mano, una sola vez, de un padre primerizo, lo cual supuse por el hecho de que este había hecho la ronda con una botella de *brandy*; y

A las víctimas de la violencia obstétrica, que nadie ha logrado contabilizar aún.

en esa ocasión, después de lamerse con afán el pulgar, rascó la superficie de la cubeta metálica para eliminar unos restos de sangre seca. Y lo consiguió: ahora tenía los restos debajo de la uña.

Cuando, después de muchos titubeos, traté de recordarle que se enjuagara las manos —con la esperanza de que no le importara, solo un poco si era posible—, me miró como si acabara de decirle que él era el padre de mi hijo. Y, luego, para dejar bien clara su superioridad, preguntó:

—¿Quién es el médico aquí, tú o yo?

Por miedo o simplemente por sorpresa, no repliqué.

Escasez por todas partes. Agujas, jeringas, gasolina médica, desinfectante y, por último, guantes estéri-

les, que los pacientes compramos en la farmacia por nuestra cuenta. No había nada de eso. Ojalá estuvieran aquí mis amigas, pensé, esas que, de forma voluntaria, pasan por toda una serie de tratamientos costosos y, sobre todo, peligrosos de las fecundaciones *in vitro*.

Amigas a las que nadie, y sobre todo los hombres con los que últimamente —como si esa fuera su tarea oficial— se han estado involucrando —sí, esa es la palabra— en relaciones sexuales, les ha explicado lo que les espera una vez que traen al mundo ese pequeño paquete de vida envuelto en sangre. Después de todo, en los cuentos de hadas que les habían enseñado de pequeñas, el bebé simplemente se cae, como una botella de mayonesa boca abajo, como el pequeño Kirikou, que nace justo después de decir: «Madre, dame a luz».

El ginecólogo de guardia se ausentó durante una hora entera, y luego, extendiendo las puntas de su bata como si se dispusiera a volar, apareció con cuatro, no, cinco jóvenes residentes. Desde mi posición acostada, todos parecían importantes, como una delegación internacional en cuya presencia había que tener cuidado de no decir nada malo, pero, cuando me incorporé, todo cambió. Olían a alcohol. Hablaban en voz baja, en tono bromista, en un idioma que no entiendo, el idioma del varón, el más fuerte, y luego en el idioma de la profesión: expulsión, episiotomía, hemostasia... Uno de ellos, sin poder contenerse, contó un chiste sobre un montenegrino que descubre durante el parto que el padre del niño no es él sino... el cartero.

Y prosiguió, como en una obra de teatro:

—¿Sabías que uno de cada tres hombres cría un hijo del que no es el padre biológico?

—¿Dónde has leído eso?

—¿Qué importa? Conozco al menos diez casos así.

—Pues yo ninguno.

—Bueno, no es algo que la gente sepa. Si me pasara algo así... te juro que la tía empezaba a orinar leche materna.

Se acercaron a mi cama y el olor a licor fuerte —tequila, diría yo— se hizo aún más intenso. El ginecólogo de guardia se acercó y me separó las rodillas con la mano, que, casi por instinto, volvieron a la posición original. Cuando pienso en ello, en toda la situación, incluida esa figura que se cierne sobre mí, me recuerda irremediablemente a una escena que presencié de niña, cuando vivía en el campo: el brazo musculoso de un veterinario que, casi hasta el hombro, desaparecía dentro de la vaca, hasta las entrañas. El animal

desesperado, sin saber lo que le hacían, no dejaba de mover la cabeza de arriba abajo, y apretaba la cuerda que tenía enrollada al cuello.

—Ocho dedos. Inténtalo —le dijo al residente que tenía al lado y, pensando que no me daría cuenta, le guiñó un ojo con complicidad.

Así como en los sueños en los que nos enfrentamos a un peligro inminente no podemos movernos ni un centímetro —y mucho menos correr—, y las cuerdas vocales están pegadas y no pueden soltar ni un grito, yo entonces ni siquiera tuve el valor de protestar porque ¿y si, cuando llegara el momento, me dejaban allí sangrando? Contracción. El joven que acababa de ver por primera vez en mi vida metió el puño en mi abertura vaginal como si dentro hubiera perdido una moneda preciosa y quisiera recuperarla a toda costa. Ofensivamente, arbitrariamente, brutalmente, sin saber que justo en ese momento —y si lo hubieran acusado, habría hecho todo lo posible por negarlo— me estaba violando.

—¿Lo ves? ¿A que no ha estado tan mal? —concluyó el médico de guardia, y le indicó que siguiera adelante.

Por la noche el dolor se hizo insoportable. Contracción, contracción, contracción.

De alguna manera, sosteniéndome la barriga como si fuera a caerse, me arrastré hasta la habitación donde estaban sentadas las enfermeras, cuatro en total. Abrí la puerta y después, con una cara roja como la de un demonio, recibí el golpe del humo espeso del tabaco y las miradas carentes de todo interés, que me hicieron saber sin disimulo que lo único que querían era que las dejara en paz.

—¿Qué pasa? —preguntó una de ellas.

—Me duele... está empezando —respondí, tratando de no gritar.

—¿Te crees que eres la única paciente aquí? Vuelve a la cama y espera al médico. ¿Te has hecho la lavativa?

—¿Cómo?

—¿Te has limpiado el culo?

—No sabía... No.

—¡Idiota de mierda! No podemos atenderte así. Primero al baño. ¡Hala, fuera!

La que estaba más cerca estiró la pierna y me cerró la puerta en las narices. El sufrimiento está subestimado. Especialmente el mío. Sobre todo mientras, en cuclillas sobre las baldosas, espero a que alguien me pase la manguera con un aplicador que, entre tú y

yo, no sé usar. Si tuviera un marido, él fingiría saber usarlo o, cuando menos, los dos juntos, sintiéndonos aterrorizados y estúpidos, empezaríamos a echar pespes del procedimiento, del sistema, del hospital cuya organización ilustra con fidelidad la calidad de vida del entorno... Y entonces yo diría con gesto amenazador: «Nunca más voy a pasar por esto». Si tuviera un marido, él me daría una toalla, me agarraría la mano o, a instancias mías, le daría una paliza al residente que me había metido la mano en la vagina sin pedirselo. Sin embargo, como no tengo marido, aguantaré las preguntas de por qué no tengo marido, así como el desmayo que sufrí tan pronto como la manguera fecal se deslizó dentro de mi ano.

Me despertó de mi inconsciencia un dolor agudo e intermitente que, en lugar del útero, se concentraba en el recto. Eran, por así decirlo, dos dolores separados de los que fui perfectamente consciente todo el tiempo y que, debido a las nuevas circunstancias que se presentaban, no pude clasificar, como de costumbre, en peligrosos e inofensivos. En aras de la precisión, dos enfermeras se turnaron para sentarse sobre mi estómago, obviamente tratando de empujar al recién nacido que, de acuerdo con las leyes de la física, si seguía vivo, debía salir disparado como una bala y estrellarse contra la pared. Por la forma en que se arrojaron sobre mí, parecían dos niñas peleando por la última golosina de la bolsa. Después de inflarla, la pisoteaban con todas sus fuerzas para hacerla estallar como un disparo.

—¿Qué están haciendo?—conseguí preguntar entre dos oleadas de dolor.

—Acelerar el parto. Te perforaste con la manguera, y nuestro colonoscopio está fuera de servicio, así que no sabemos si es grave —dijo una de ellas, preparándose para saltar sobre mí de nuevo.

—¿Funciona algo en este hospital, por el amor de Dios?

—Ese coño tuyo es como una droguería —replicó ella enfurecida—. No quiero escuchar ni una palabra más, o te dejaré que te mueras aquí sola. ¿Está claro?

El médico de guardia no se veía por ninguna parte. A las dos enfermeras pronto se les unió otra que, nada

más llegar, me agarró con fuerza por el antebrazo izquierdo y luego intercambié miradas con la otra, que hizo lo mismo, pero con el derecho. Eso fue un pequeño adelanto de lo que estaba por venir. La tercera enfermera, a quien no podía ver bien porque la barriga me lo impedía, usó unas tijeras para hacer una incisión de unos pocos centímetros que se extendía desde la abertura de mi vagina hasta mi recto. Una incisión que, durante los meses siguientes, me llevó a defecar con un miedo paralizante a que la herida se abriera; la misma incisión que después del parto cosían más de lo necesario. La puntada del marido, del marido que no tengo.

—Pues cuando te quedaste embarazada, seguro que no te dolió —espetó la enfermera, a quien, en mis tics, di un golpe en la barbilla sin darme cuenta, y luego me golpeó en el muslo varias veces seguidas— ¡Empuja! ¡Otra vez!

Si hubiera vivido de la ternura, después de ese día no podría haber seguido existiendo.

Cuando al fin me la pusieron sobre el pecho, no sentí nada más que los latidos de su pequeño corazón luchador, que, justo después de la primera inhalación, latía rápidamente, incluso rítmicamente. No, no sentí nada en absoluto. Se suponía que sería una experiencia conmovedora, poderosa, verdaderamente esclarecedora, impregnada de la gentil presencia de dos flacuchos mamíferos: el cachorro, que siempre tendrá hambre, y el adulto, que se consagra a cuidarlo y saciarlo. En cambio, lo que sentí fue una desesperación silenciosa, una especie de desorientación antinatural que no me permitía siquiera recordar, mientras la enfermera me cosía con una doble sutura, cuál era mi deber maternal. Yo era tan inútil como esos dos pechos que parecían dejar escapar unas gotas de leche. En ese momento, mi voz irrumpió en las cálidas y serias lágrimas, cuyo llanto, espeso y hosco como una nube, llenó el espacio más rápido que la necesidad de amor: «Sshhh, guarda las fuerzas, mi preciosa», dije.

Después de todo, naciste mujer.